

Mi nueva vida comenzó de una manera accidentada, incluso antes de que el espejo se comiera a Trey.

No debería anticiparme. Antes de que mi mundo entrara en territorio imposible, digamos extremadamente extraño, este era simplemente anodino, así que permíteme explicarte las cosas con calma.

Así empezó mi nueva vida como heredera de un legado imposible: Conduciendo once horas sin parar, desde Chicago hasta las montañas de Carolina del Norte, un viejo *Honda* que silbaba, carraspeaba, y hacía un ruido como de molinillo de café roto cuando enfilaba las cuestas empinadas de las montañas. Nada más llegar me encontré con la pesadilla de buscar aparcamiento junto a la universidad, en el centro de Boone. Al parecer, ese día se celebraba una reunión de fin de semana de antiguos alumnos, o un festival de *bluegrass* en el campus, o algo similar, de modo que las calles estaban abarrotadas y todos los aparcamientos ocupados, incluso los emplazamientos más inverosímiles de dudosa legalidad. Finalmente estacioné a cinco manzanas de la oficina del abogado, en medio de una colina tan pronunciada que si hubiera perdido el equilibrio me habría precipitado como una avalancha encarnada en mujer.

Cuando al fin llegué a la oficina, exhausta, despeinada y, seguramente, oliendo a todas esas horas que había pasado en la carretera, una pequeña y amable mujer blanca, al estilo de una abuelita que mira la televisión en la sala de estar, me sonrió y me dijo:

—Oh, bien, ¿qué eres, concretamente?

Solo pude quedarme parpadeando, mirándola. No suelo hablar con desconocidos en las salas de espera, ni siquiera en las salas de espera acogedoras y llenas de muebles de madera oscura como esta, pero cada cual tiene sus propios límites. Busqué en vano una recepcionista para no tener que hacer caso a la anciana ofreciéndole una sonrisa algo confusa, y así poder seguir con mis asuntos, pero en el escritorio de la entrada no había nadie y las dos puertas que daban al interior de la oficina estaban cerradas. Puse una cara amable y dije:

—No sé lo que quiere decir.

La anciana me hizo un gesto vago. Llevaba unos guantes blancos que se correspondían con su forma de vestir, pero iba

vestida de forma más apropiada para ir a tomar el té, o la iglesia, que para estar ahí sentada. Me aclaró:

—¿Eres alguna clase de mexicana?

Eso era una novedad. A veces en los formularios marco «Otro» y a veces marco «Isleña del Pacífico», a menudo otras personas marcan “Negra” (así son mis padres adoptivos y, casi seguro, también algunos de mis antepasados biológicos), pero nunca me habían identificado como «alguna clase de mexicana».

Bienvenida al Sur, claro. Llevaba poco tiempo en esta parte del país y la primera persona con la que hablé en mi nuevo hogar provisional no consiguió que esperara con ansias futuras interacciones humanas.

—Claro —le dije—. Alguna clase de mexicana. Buenos días y vete a la chingada.¹

—Qué forma de hablar más interesante —mostraba unos dientes tan rectos y blancos que tenía que habérselos comprado en una tienda.

La puerta que había a la izquierda se abrió, y un viejo de pelo cano y traje gris asomó la cabeza y dijo:

—June, ¿podrías...? ¿Y ahora a dónde se ha ido? —me miró un instante, luego a la anciana, a la cual le dijo—: Doris, estoy contigo en un minuto, me sabe mal que te quedes ahí sentada. No sé adónde ha ido esa chica —giró la cabeza y me miró sin salir de detrás de la puerta—. ¿Puedo ayudarle, señorita...?

—Soy Rebekah Lull. Tengo una cita...

Justo entonces una joven delgada con vestido verde pálido entró, procedente del pasillo, abriendo los ojos al mirar la sala. Pronunció un ¡Oh!, corrió hacia el escritorio y empezó a hojear una agenda a la antigua usanza, impresa en papel.

—Lo siento, lo siento, solo estaba... —se ruborizó tanto que sus orejas se pusieron rosadas. Hubiera sido tierno si no se hubiera mostrado tan aterrorizada. Debía tener veintiún o veintidós años, no era mucho más joven que yo, pero parecía que acababa de entrar en el instituto. Miró al viejo, quien asintió, y luego miró a Doris y dijo:

1 Casi en castellano en el original: *Buenos días and vete a la chingada (Nota del traductor).*